

Evencio Castellanos

LA primera impresión vital del maestro Evencio Castellanos, ganador del Premio Nacional de Música, tiene todo el movimiento, el color y la mística de unas fiestas patronales. Al evocarlas se remoza 30 años y parece todavía colgado de la cuerda de una campana que gira aprisa tocando a rebato; ve los tenues ríos de gente que llegan del campo, ríos de colores limpios, de alegría contenida durante todo un año; siente de nuevo la emoción infantil aprisionada en la ruidosa fascinación aturdida de las fiestas del pueblo.

Y poco después de que arranca esa lista larga de recuerdos viene una creciente. Casi al mismo tiempo que las fiestas, pero lleno del fantástico fragor de una avenida de aguas amarillas de tierra, de raíces, de animales muertos hinchados de aire. Ve correr a la gente, que se ocupa del río como del gran personaje. Los vecinos se cuentan minuto a minuto la historia de los ranchitos que se llevó el agua, el cochino que arrastró la corriente. Ve las siembras anegadas, el conuco perdido, el muchachito que jugaba hace unos minutos en la ribera y ya no juega allí ni en otra parte, los padres que lo andan buscando con prisa inútil río abajo. Y tiene los ojos grandes abiertos ante el fascinante espectáculo de ver correr al río sin fin, imponente, majestuoso, arañando las riberas y hablando cosas ininteligibles en un decir sordo, fragoroso, que fascina y arrastra.

El creador recoge siempre algunas de estas vivencias personales, las madura y las vierte como un mensaje de humanidad con forma artística apta para impresionar otras sensibilidades. EC, una sensibilidad artística que asoma de sus tranquilas gafas de carey como un observador inquieto de cuanto le rodea, reconoce en dos de sus recientes obras el origen de aquellas impresiones infantiles: "Santa Cruz de Pacairigua", la suite sinfónica con la que obtuvo el premio, y "El río de las siete estrellas", obra que dirigió el maestro Villalobos durante el Primer Festival Interamericano de Música.



casi enteramente una escuela musical permanente, madurando una sensibilidad despierta desde temprano. Y su maestro fue su padre, don Pablo Castellanos, Maestro de Capilla de la

menzar unas clases que aún no se nan interrumpido.

Llegó por primera vez a Caracas en 1926. Sus once años fueron objeto de la

rarme nunca del maestro por quien siento verdadera veneración y cariño", dice el artista agradecido. Estudió teoría, solfeo, armonía, contrapunto, fuga, formas musicales e instrumentación y se graduó de compositor en 1944 con "Un cuarteto para piano y orquesta", junto con Angel Sauce y Antonio Estévez, otros brillantes compositores. Después vino la cosecha: "El río de las siete estrellas", la suite "Avileña", la misa a tres voces y orquesta "Ave María Estrella" y la suite sinfónica "Santa Cruz de Pacairigua", el nombre colonial de Guatire, con el que se ganó el Premio Nacional de Música.

—:—

La obra nació, urgida por elementos de aquellas fiestas pueblerinas que le impresionaron tanto en su niñez, al final de un crescendo animico después de unas visitas a las haciendas "San Pedro" y "El Naranjal" en Guatire, en compañía de Teo Capriles y el maestro Sojo, "el gran enamorado de la tierra venezolana".

Así compone EC. Recibe la impresión, la vive interiormente con resonancias nuevas de viejas evocaciones, las macera y después las vierte en forma gráfica en unas cuantas horas angustiadas de creación sin perder hilo.

La suite sinfónica está compuesta de tres partes: la primera se refiere a una mañana de fiesta; la segunda es una vespéral, y la tercera y última parte corresponde a la impresión de las danzas de negros y otros motivos de fiesta en que los negros... se visten de negros.

EC tiene una hermosa obra cumplida a los 40 años. Ha obtenido también el premio "Teresa Carreño" 1953 con un canto elegiaco que contiene pequeñas alusiones a sus valeses "Mi Teresita" y "Primavera". Y tiene grandes proyectos y tres metas inmediatas a la vista: una sinfonía, en cargo del maestro Villalobos, quien ha incluido ya en su repertorio de festivales de música en Europa y los Estados Unidos su "El río de las siete estrellas"; una cantata o un preludio orquestal basado en un libro del poeta Vicente Gerbasi, una visión fanto-

reciente. Casi al mismo tiempo que las fiestas, pero lleno del fantástico fragor de una avenida de aguas amarillas de tierra, de raíces, de animales muertos hinchados de aire. Ve correr a la gente, que se ocupa del río como del gran personaje. Los vecinos se cuentan minuto a minuto la historia de los ranchitos que se llevó el agua, el cochino que arrastró la corriente. Ve las siembras anegadas, el conuco perdido, el muchachito que jugaba hace unos minutos en la ribera y ya no juega allí ni en otra parte, los padres que lo andan buscando con prisa inútil río abajo. Y tiene los ojos grandes abiertos ante el fascinante espectáculo de ver correr al río sin fin, imponente, majestuoso, arañando las riberas y hablando cosas ininteligibles en un decir sordo, fragoroso, que fascina y arrastra.

El creador recoge siempre algunas de estas vivencias personales, las madura y las vierte como un mensaje de humanidad con forma artística apta para impresionar otras sensibilidades. EC, una sensibilidad artística que asoma de sus tranquilas gafas de carey como un observador inquieto de cuanto le rodea, reconoce en dos de sus recientes obras el origen de aquellas impresiones infantiles: "Santa Cruz de Pacairigua", la suite sinfónica con la que obtuvo el premio, y "El río de las siete estrellas", obra que dirigió el maestro Villalobos durante el Primer Festival Interamericano de Música.

—:—

EC nació en Cúa el día de la Santa Cruz (3 de mayo) del año 15. Su padre, don Pablo Castellanos, conoció en este pueblo mirandino a doña Matilde Yumar durante una de sus jiras como organista que tenían por centro Petare, donde nació antes de que llegaran los marceanos. Los casó el Padre Yumar, Párroco de Cúa y hermano de doña Matilde, y quedó, privilegios de parentesco, como organista fijo en el pueblo. Después los esposos Castellanos-Yumar caminaron los mismos pasos lentos de los tralados del Padre Luis Alejandro Yumar a San Antonio de Los Altos (1916), a Macuto, a Las Vegas y a Canoabo, donde murió en 1930, cuando EC acababa de cumplir sus 15 años y tocaba, ya en Caracas, algo más que aquella campana de las fiestas del pueblo de sus 10.

EC apenas tuvo más maestros de escuela que su mamá. La suya fue



casi enteramente una escuela musical permanente, madurando una sensibilidad despierta desde temprano. Y su maestro fue su padre, don Pablo Castellanos, Maestro de Capilla de la Catedral de Caracas desde 1948 y músico vocacional desde sus primeros tecleros vacilantes en Petare, hace un montón grande de años.

Los primeros ensayos artísticos de EC se remontan a sus cuatro años, cuando con la complicidad de su mamá ensaya a repetir en el armonium "intocable" de su papá "alguna pequeña cosa de carácter religioso" en su ausencia. Tanto debieron emocionar a la madre los aciertos del chiquitín, que apenas alcanzaba el teclado puesto de pie sobre los pedales, que al regreso de su marido se atrevió a contárselo y hacerlo repetir la travesura artística. Don Pablo y el Padre Yumar quedaron admirados de la precocidad del vástago y de su extraordinario oído tonal, como quedan todos los papás y todas las mamás y todos los tíos del mundo, y tomaron la solemne determinación de co-

menzar unas clases que aún no se nan interrumpido.

Llegó por primera vez a Caracas en 1926. Sus once años fueron objeto de la atención pedagógica de don Tomás Vicente González, a quien ahora, a sus 40, agradece mucho su severidad y su "estricta educación moral". Su primera emoción ante un órgano de verdad, con su bosque de pedales y clavijas, sus gigantes tubos y todo, la experimentó en la iglesia de Altigracia un año después. Cuando murió su tío en 1930 se hizo profesional, su papá y él atendían las parroquias de San Juan, Altigracia y Catedral. Aquí conoció a don Vicente Emilio Sojo, el insigne maestro, el día de La Ascensión del año 31, quien le escuchó tocar en la Hora Santa una obra de Juan Bautista Plaza, otro eminente ductor de vocaciones musicales.

—Mañana —le dijeron los erguidos y amables bigotes del maestro Sojo— se inscribe usted en la Escuela.

Al día siguiente le inscribió y todavía está con él: "ni pienso sepa-

La obra nació, urgida por elementos de aquellas fiestas pueblerinas que le impresionaron tanto en su niñez, al final de un crescendo anímico después de unas visitas a las haciendas "San Pedro" y "El Naranja" en Guatire, en compañía de Teo Capriles y el maestro Sojo, "el gran enamorado de la tierra venezolana".

Así compone EC. Recibe la impresión, la vive interiormente con resonancias nuevas de viejas evocaciones, las macera y después las vierte en forma gráfica en unas cuantas horas angustiadas de creación sin perder hilo.

La suite sinfónica está compuesta de tres partes: la primera se refiere a una mañana de fiesta; la segunda es una vespéral, y la tercera y última parte corresponde a la impresión de las danzas de negros y otros motivos de fiesta en que los negros... se visten de negros.

EC tiene una hermosa obra cumplida a los 40 años. Ha obtenido también el premio "Teresa Carreño" 1953 con un canto elegíaco que contiene pequeñas alusiones a sus valeses "Mi Teresita" y "Primavera". Y tiene grandes proyectos y tres metas inmediatas a la vista: una sinfonía, en cargo del maestro Villalobos, quien ha incluido ya en su repertorio de festivales de música en Europa y los Estados Unidos su "El río de las siete estrellas"; una cantata o un preludio orquestal basado en un libro del poeta Vicente Gerbasi, una visión fantasmal que tiene por tema los fuegos fatuos que en el verano fuerte arrastran, saltando entre cerros de Yaracuy y Carabobo, "el alma del Tirano Aguirre"; y una pieza musical para soprano y coro sobre una especie de oda o poema aún inédito que escribe su esposa, doña Romelia Rivas de Castellanos.

Al tiempo que vive estos mundos de poesía musical, el profesor EC da clases de Órgano e Improvisación (¡a improvisar se aprende con disciplina!) en la Escuela Superior de Música. Y en sus sólidas obras de ahora, en sus disciplinas de profesor, resuenan siempre las campanas de fiesta en el pueblo y el fragor fantástico de aquellas avenidas de aguas amarillas de tierra, de animales muertos y de raíces que impresionaron tanto su sensibilidad de artista.

Martín de Ugalde.